

Divinas piedras. Arquitectura y catolicismo en Uruguay, 1950-1965

Mary Méndez. Montevideo: CSIC, Universidad de la República, 2016, 167 pp.

El número 3 parece ser una de las claves que dan forma y sentido a este reciente trabajo de Mary Méndez destinado a explorar algunos notables edificios locales consagrados al culto católico: el Seminario Arquidiocesano en Toledo, la Iglesia de Cristo Obrero en Atlántida y la capilla Santa Susana en Soca. Un número que resulta palmario en la cantidad de obras abordadas pero encubre hondas resonancias: alude a la etérea imagen de la *trinitas*, a su vuelo aéreo entre estos muros divinos erigidos en un país laico.

Esto tiene un efecto inmediato en la estructura del libro, cuyo núcleo tripartito condensa el alma de la investigación, su nudo temático, que aparece encuadrado por algunos apuntes periféricos. Pero tiene una consecuencia mucho más interesante —que Francisco Liernur destaca en el prefacio—: el diseño de un trayecto triangular que promueve enlaces diversos y otorga una peculiar riqueza al resultado. En este dibujo el ojo transita de un edificio a otro en un viaje de ida y vuelta, de modo que el enfoque de una obra conduce a reparar las otras bajo una lupa nueva. Así, por ejemplo, la prioridad que el factor expresivo asume en el análisis de un caso se hace extensiva a otro que ha sido abordado, en cambio, con un foco estructural, cultural o simbólico.

Sin embargo, el esquema triangular es solo un brillo menor en este trabajo, cuyo mayor acierto es el modo en que construye el relato histórico: una apuesta densa y rigurosa cifrada en la génesis proyectual de las obras examinadas. Y esto, que así planteado parece decir muy poco, merece ser detallado.

La autora opera un tajo profundo, realiza una disección aguda y delicada: se mete a pleno dentro de las obras, y lo hace de un modo preciso y documentado. Pero este tajo tiene además espesor, es un corte muy ancho: permite atisbar el aliento interior —siempre esquivo y recóndito— y exponer también su contexto, el encuadre cultural y los avatares que le han dado cuerpo. Así, la lupa enfoca la intimidad del objeto pero expone también sus condiciones productivas, exógenas: la dicotomía que opone el adentro al afuera se anula en esta fecunda reconstrucción genealógica, que desnuda el proceso de gestación proyectual en sus escalas estrechas y en las más amplias.

Ahora bien, esta operación se propone como un mecanismo ajustable al sesgo que impone cada ejemplo: no se trata de mirarlo todo —empresa vana y ni siquiera deseable— sino de fijar la lupa en aquello que explica mejor —sin pretender agotarlo— el edificio como documento. Y hay aquí otro propósito asociado, fundado en un diagnóstico previo: reparar olvidos y equívocos historiográficos.

Es por eso que al abordar la obra de Mario Payssé —el Seminario— el foco se concentra en los designios de la comunidad católica —liderada por el cardenal Antonio M. Barbieri—, los pormenores del concurso a dos grados y la fuerza simbólica del conjunto, confiada a la integración de las artes y al poder persuasivo de la palabra. Del mismo modo, al tratar la célebre iglesia de Eladio Dieste la lupa se cifra una vez más en los actores involucrados —en especial, los miembros de Acción Católica— y sus premisas ideológicas, aborda el latido envolvente del espacio —ajeno aquí a toda mediación discursiva— y apenas roza su consabida lógica constructiva, que ha sido hartamente explicada en otras instancias. El diseño estructural es, en cambio, una pieza central en el examen de la capilla Santa Susana —cuya osamenta ha sido, a juicio de la autora, mal interpretada—, lo que se agrega a la paciente decodificación de su mensaje cifrado —una vez más, fundado en la retórica narrativa— y a la interpelación del dudoso lazo entre Antonio Bonet y Susana Soca.

Es así que el esquema triangular cobra su pleno sentido y se carga en el dinámico juego entablado por las obras estudiadas. En esta pequeña trama se recorta siempre la sombra de referentes edilicios cercanos y lejanos, y una firme atención al programa religioso y su eco en el proyecto: un aspecto que la autora rescata y enfoca al amparo de su formación teológica.

Pero el sesgo que el destino religioso impone a la arquitectura es también materia del frugal epílogo que —junto al apéndice dedicado a Payssé— da cierre al trabajo, donde se arriesga un mapa ideológico de la época que resulta, en principio, algo impreciso: el esquema político que se invoca —conformado por humanistas, liberales y radicales de izquierda— es discutible y no recoge la complejidad del asunto. En este breve remate flota empero una idea atractiva y tentadora: la *otredad* de lo religioso, o su adscripción a *lo otro*. Construir para Dios aparece allí como una luminosa rendija, como un acto sustraído a la férrea lógica mercantil que somete a los hombres y los arrastra: un retazo de cielo crecido en medio de la tierra, un hacer encantado y ajeno a las duras rutinas del capital y su reino. Esta imagen poderosa deja su impronta en el final del texto.

Instala un modo posible de mirar estos *lugares de Dios*. Confiere un color tardío a este sólido escrito, fundado en la evidencia empírica y en el valor de los argumentos.

Laura Alemán
Universidad de la República